

## INFORMACION BIBLIOGRAFICA

### **Miguel Poradowski: KARL MARX: SU PENSAMIENTO Y SU REVOLUCION (\*)**

Con motivo de conmemorarse el cincuentaio de la encicla *Divini Redemptoris*, en la cual se condenó de forma rotunda, y sin paliativos de ningún tipo el marxismo-leninismo, el padre Poradowski publicó esta obra sobre el pensamiento de Marx y la revolución.

El padre Poradowski presenta una bibliografía tan completa para poder abordar el tema del comunismo, como muy pocos eclesiásticos puedan hacerlo. Sus titulaciones académicas son impresionantes. Nada menos que tres doctorados: en Teología, en Sociología, y en Derecho, lo que pone de relieve una vida dedicada al estudio; pero además, como polaco, ha podido ver por sí mismo la terrible realidad del universo soviético.

Su dominio del ruso y del alemán le permite el acceso directo a las fuentes sin traducciones, laguna inevitable en otros especialistas, y que facilita enormemente la más rápida comprensión de los problemas. Los estudios sobre el comunismo que de su pluma han salido, muchos hemos tenido la suerte de leerlos en *Verbo*, donde es colaborador asiduo.

Poradowski presenta una faceta peculiar y, desde luego, antitética con las necedades que leemos sobre Marx y sobre el marxismo entre tanto comentario banal o superficial por un lado. Por otro, sus exégetas dominan casi por completo el horizonte actual. E incluso entre sus críticos asoma, no pocas veces, el desconocimiento.

Pues bien, el autor demuestra un conocimiento tan profundo de la vida y de la obra de Marx que podría confundir a muchos de sus exégetas. Naturalmente, y nos anticipamos a sus posibles reacciones, los sofistas del materialismo histórico actual dirán que sí, que conocen la vida y obra de Marx —esto resulta innegable— pero que no comprenden su filosofía.

Entonces entraríamos en la típica dialéctica del marxista-leninista.

(\*) 288 págs., Editorial Covadonga, Chile, 1986.

nista, pero nos saldríamos de la realidad y de la fuerza irrefutable de los hechos.

En «Karl Marx, su pensamiento y su revolución» se analiza con una profundidad asombrosa la personalidad de Karl Marx, llegando a descubrir detalles íntimos de la personalidad del mismo. Y de este análisis resulta, lo que con palabras al uso tanto se repite, una dismitificación del hombre y del filósofo. «En la vida familiar Marx es no menos dictatorial que en la vida política. Es un típico padre de familia y marido «burgués»; lo que él mismo ataca, desprecia y denuncia, respecto a la vida familiar y matrimonial, llamándolo "burgués" en el *Manifiesto comunista*, lo practica, pues es un tirano. A su esposa la trata muy duramente; a las hijas no les permite escoger libremente a sus futuros esposos, es él quien los escoge y según sus propios criterios (exige que tengan fortunas). Tampoco asegura a sus hijas una adecuada educación. En la casa es la primera persona a la cual todos tienen que servir, para lo cual todos tienen que sacrificarse. Tiene costumbres típicamente "burguesas": de su esposa exige que en las invitaciones impresas (para los banquetes en casa, a veces de 50 personas), ponga su título de baronesa; comía sólo en platos de plata (salvo cuando los empeñaba), heredados por su esposa de la antigua aristocracia escocesa de la cual descendía; consumía una enormidad de bebidas alcohólicas, ante todo de Oporto, importado de Portugal, que Engels le regalaba por cajas. Carecía de sentimientos familiares y humanitarios: no asistió a los funerales ni de su padre, ni de su madre, ni de su esposa, ni de sus hijos, ni de sus parientes o amigos; molesto por esperar la herencia de su madre, se quejaba cínicamente de que ella siguiera viviendo (como consta en sus cartas)».

Al adentrarse en el perfil humano del sujeto, indisolublemente unido a su obra, resalta hechos como el de que el marxismo de Marx —a diferencia de los otros «marxismos», de los marxistas moderados (socialistas) y radicales (comunistas)— no es solamente el pensamiento, la praxis y la revolución, sino, ante todo, la proyección de su personalidad.

Así, la descalificación del Marx filósofo es tremenda; «algunos pretenden presentar a Marx como filósofo (y todavía como un gran filósofo). Vanos esfuerzos, pues Marx odiaba la filosofía y la despreciaba y no pudo soportarla, tal vez por dos razones. En primer lugar, porque una verdadera y auténtica filosofía exige de la persona que quiere dedicarse a ella una excepcional honestidad intelectual y, en segundo lugar, perseverancia y paciencia para poder pensar metódicamente, en forma ordenada,

clara y «fría», es decir, sin influencias de las emociones. No en vano Aristóteles define la filosofía como «ciencia de la verdad». El concepto de «Ciencia» incluye el método riguroso y eficaz, adecuado al objeto estudiado, y también incluye orden y disciplina. El concepto de verdad supone que el investigador-pensador está convencido de la existencia de una realidad objetiva, existente independientemente del sujeto cognoscente. Nada de eso admite Marx. Marx no soporta ningún orden, ninguna disciplina, ninguna verdad, ningún método. Marx piensa lo que se le antoja, sin ninguna preocupación por la verdad-realidad objetiva, pues la rechaza de antemano. Marx no es un filósofo y no se dedica a la filosofía y no le preocupa la honestidad intelectual. Con cinismo llama a la filosofía «el onanismo mental» y al «filósofo «el hombre alienado». Sin embargo, como Marx nunca fue consecuente con sus propias afirmaciones, poco después también habla de la filosofía y pretende ser filósofo, es decir, reconoce que —según sus propias afirmaciones previas— es un alienado. Además, ironizando, se puede decir que, por conseguir el grado académico de «doctor en filosofía», es un «doctor en alienación».

No menos duro resulta el juicio de Poradowski sobre la actividad sociológica de Marx: «Menos todavía se puede llamar a Marx "sociólogo", pues nunca se preocupó (como por ejemplo Engels) por conocer la realidad social, viviendo en el mundo de su fantasía. Como un ejemplo ilustrativo puede servir el caso de su fanático antisemitismo, pues sus afirmaciones respecto a los judíos son completamente desvinculadas de la realidad de su tiempo. Marx afirma arbitrariamente que todos los judíos son usureros, mientras que los estudios sociológicos demuestran que esta afirmación carece de fundamento. Cuando Marx lanza estas afirmaciones en su artículo *Zur Judenfrage*, en 1844, más de la mitad de los 10.000 judíos que vivían en Baviera se dedicaban a la agricultura, y de los restantes 5.000 judíos, 4.000 se dedicaban a trabajos de artesanía (sastres, albañiles, carpinteros, zapateros, etc.), y los restantes figuran en los registros como comerciantes o dedicados a las profesiones liberales (médicos, abogados, etc.). En París, por el año 1808 (las estadísticas son de este año), había 2.500 judíos y, entre ellos, sólo cuatro figuran como usureros».

Las contradicciones de Marx asoman de forma implacable y con rigor y método a lo largo de la obra. Poradowski, sin pasión, sino con razonamiento, habla de la contradicción burguesa de Marx, de sus pocos conocimientos de economía, refutando

una de las grandes mentiras de nuestra época y, para ello, se apoya en frases totalmente claras de Engels, quien en uno de sus escritos —en la carta de Engels a Fraz Mehring— dice rotundamente de su amigo ya fallecido, que Marx no entendía nada de economía.

Engels sí fue un auténtico economista, pero por esa extraña lealtad hacia Marx, al que ayudó económica e intelectualmente, y con su amistad cede, incluso, a la posteridad, la paternidad de muchas ideas hoy consideradas como marxistas y no, como debían ser, engelianas.

Poradowski demuestra estar sumamente preparado sobre el tema que escribe, a diferencia de otros autores, de buena fe, pero no al tanto de las realidades, ni del desarrollo de la investigación como vemos en la sustancial diferencia entre el Marx de juventud y el Marx clásico. La atención a los «Manuscritos de 1844», que el autor señala, refleja ese conocimiento.

Nada menos que cuatro densos capítulos dedica Poradowski a la teología de la liberación de Marx, analizando la diferencia entre ese Marx, de primera época, y el Marx de plenitud, entendido, como debe ser, en el binomio Marx-Engels.

De especial importancia, por la refutación brillante, resulta la segunda parte de la obra sobre el marxismo y el cristianismo, así como de la respuesta, cuya lectura debe ser obligatoria para poder fortalecer las argumentaciones de todo verdadero católico con inquietud intelectual, sobre la respuesta a «¿Fue Cristo un verdadero revolucionario?» y que tanto afecta a numerosos clérigos que día a día repiten, y actúan en base a que Cristo fue un pre-comunista. Claro que otra vez asoman en esto —como en tantos tópicos de nuestra época— el desconocimiento más atroz que llega, en 1986, incluso a obispos, que se conducen como falsos pastores —como otras veces he manifestado, no sólo por soberbia, o por abrazar ideas antitéticas con el catolicismo— sino por flagrante ignorancia.

Poradowski demuestra con su base teológica y su cultura que Cristo es lo contrario de un revolucionario, y por eso no pudo ser un rebelde, sino un constructor por excelencia de la única sociedad posible perfecta, la del Reino de Dios.

Su estudio de *La «Weltrevolution»* y el *«Weltoktober»*, y de su doctrina, no hacen sino abundar más en la profundidad y el rigor de la obra, y es que, además, a Poradowski no se le puede acusar de no conocer el lenguaje de los marxistas occidentales, así como de la «langue du bois» de los nomenklaturistas soviéticos.

Por último, la reproducción de la encíclica del Papa Pío XI, *Divini Redemptoris*, del 19 de marzo de 1937 —pronto se cumplirá el cincuenta aniversario—, recoge la indiscutible condena de la Iglesia Católica hacia el marxismo-leninismo, aunque numerosos obispos, tan celosos cuando se produce una visita de Monseñor Lefèbre, en advertir del grave riesgo para los fieles de acudir a sus celebraciones, o en condenar a Sudáfrica o a Chile, permanezcan mudos cuando sacerdotes de su diócesis hablan de la alineación de la religión.

Una esperanza, única en realidad casi que podemos tener, es la intervención divina, a través de María, que con sus mensajes como el de Fátima, representa la luz frente al terrible y desolador panorama de tinieblas que nos rodea.

Es decir, como algunos eclesiásticos, que la revolución marxista está empeñada en la liberación del hombre, es, como dice el autor, o la opinión de un estúpido ignorante o la de un vulgar y abominable Judas.

ANGEL MAESTRO.

**Miguel Ayuso (coordinador): LA CRUZADA QUE REHIZO UNA PATRIA (\*)**

La efemérides del cincuenta aniversario del Alzamiento Nacional no había de pasar inadvertida, aunque de hecho el aluvión propagandista haya sido menor de lo que presumiblemente cabía esperar. Varias publicaciones, de signo diferente, han acometido la tarea de presentar a sus lectores el balance del proceso que culmina en la guerra de 1936-1939, así como la valoración de sus causas y consecuencias y, en suma, el repertorio de valores elementales arraigados en nuestro pueblo que salió a la superficie en ocasión tan decisiva. No podemos mencionarlas a todas, pero *Cuenta y Razón*, *Sillar*, *Razón Española* y, destacadamente también *Verbo*, han aportado sus reflexiones, dedicando un número respetable de páginas al asunto.

*Iglesia-Mundo* se ha sumado también a la conmemoración, con el importante número monográfico que comentamos, y que ofrece la peculiaridad de no ser una simple reunión de ensayos diversos —por más que resulten interesantes tales misceláneas— sino que obedece a un plan trazado y coherente.

(\*) Número extraordinario y monográfico de la revista *Iglesia-Mundo*, núm. 323-324, julio de 1986, 80 págs.